

Melodía



Duna García*

Nannerl tiene cuatro años cuando las sombras le hablan por primera vez. En las noches, después de que su madre sopla las velas, las sombras danzan a su alrededor y le susurran al oído. *Harás grandes cosas, dicen. Sigue nuestros consejos y tu nombre será inmortal en la historia.*

Nannerl es joven, demasiado joven, y aún no cree en la muerte ni le importa la fama, pero disfruta hablando con las sombras. En casa, ellas son su única compañía. Nannerl pasa las horas escuchándolas y observando el clavecín del cuarto de música, cuyas melodías parecen llamarla por nombre.

Hay un bebé en el cuarto de arriba, envuelto en cobijas blancas. Nannerl tiene que empinarse para verlo por encima del borde de la cuna. Desde ahí, el bebé parece demasiado pequeño y frágil como para vivir en esta casa, en este mundo.

—Wolfgang—lo llama su madre.

—Perfecto—lo llama su padre. Nunca ha dicho nada parecido acerca de Nannerl.

Ten cuidado, dicen las sombras. Nada bueno traerá este niño.

Nannerl tiene siete la primera vez que su padre le permite sentarse frente al clavecín. Sus dedos

* Estudiante de Creación Literaria con más libros que años. Las artes textiles le apasionan tanto como las palabras: ve en ambas la misma magia, que es el proceso de crear algo desde cero. Aspira a pasar sus días entre historias y gatos.

vuelan sobre las teclas como si lo hubiera tocado toda la vida. A su lado, su padre la mira con el ceño fruncido, la hace repetir los movimientos una y otra vez hasta que se le entumecen los dedos.

Al final de la lección, mientras su madre le pone las manos en agua tibia para aliviar el dolor, Nannerl sonrío. No se quejará. A pesar del cansancio siente que todo está bien en el mundo cuando toca el instrumento.

Wolfgang, ahora de tres, no tarda en colarse en el cuarto de música para oír la ensayar. El pequeño pasa las horas sentado en el piso, al pie del clavecín, mirando embelesado mientras su hermana toca. Desde un sillón, su padre los mira a ambos con ojos calculadores, a la espera de algo que ninguno de los dos alcanza a comprender. Su madre los acompaña a veces, con un bordado en la mano y un susurro en los labios.

—Quizás deberían hacer algo diferente, Leopold.

—¿Y dejar que malgasten su talento? —responde su padre con voz seria—. ¿No ves acaso hasta dónde llegarán si siguen así?

Las sombras están siempre de acuerdo con él. *Sigue practicando*, dicen. *Solo así cumplirás tu destino.*

Llega un momento en que Nannerl ya no necesita instrucción para tocar el clavecín. Sus dedos conocen los caminos existentes entre notas. Ha empezado a inventar nuevas maneras de hacer sonar el instrumento; nuevas melodías, nuevas canciones que vienen desde el fondo de su alma y que Wolfgang imita torpemente con sus pequeños dedos sobre las teclas oscuras del instrumento.

Composiciones, las llama su padre mientras le enseña el lenguaje de los pentagramas con que plasmar sus melodías. Las sombras se retuercen de orgullo; imitan con sus formas las figuras musicales que Nannerl garabatea en el papel. *Lo estás haciendo bien*, le dicen, acariciándole las mejillas con manos heladas y espectrales. Ella sonrío y deja salir, con trazos cuidadosos, todo lo que lleva dentro.

El fortepiano es el siguiente paso después del clavecín. Nannerl mira el instrumento fijamente por un minuto antes de empezar a tocar. El sonido que produce es diferente al que ella

está acostumbrada. Se siente casi como hablar con el pariente cercano de un mejor amigo; distinto pero familiar.

El movimiento de las sombras a su alrededor es diferente también con el sonido del fortepiano. Parecen flotar en el cuarto de música en lugar de danzar y llenan el espacio como nunca antes. El padre de Nannerl frunce el ceño, pero no dice nada. Solo se limita a mostrarle los nuevos movimientos y a esperar que ella los repita.

Wolfgang cumple cinco y su padre decide empezar a enseñarle la magia del clavecín. Los dedos del pequeño tropiezan al seguir las escalas y Nannerl debe guardar silencio cuando los gritos de su padre llenan el cuarto. En las noches, cuando todos duermen, ella cierra los ojos y habla con las sombras.

—Quisiera que padre dejara de gritarle a Wolfgang —les dice ella en una ocasión.

Podemos ayudar, le responden las sombras, pero habrá un precio. Ayudar a tu hermano te alejará de tu camino, de tu destino.

Nannerl es joven aún, demasiado joven. No ha aprendido a pensar en las consecuencias de sus actos ni a temerle al destino. Lo único que le preocupa es detener las lágrimas que caen por la cara de su hermano después de cada práctica. Lo único que le importa es que él esté bien.

Después de ese día, las sombras guían los dedos de Wolfgang, le muestran el camino hasta que puede hacerlo sin ayuda. Durante las prácticas, su padre sonríe más y más al escucharlo tocar. Y, aunque ya no se fija casi en Nannerl, ella se contenta con saber que su hermano es más feliz ahora.

Todos en Viena hablan de los hermanos Mozart. Llevan meses viajando por el continente, tocando para los nobles, maravillando a todos a quienes van a verlos. Su padre los presenta ante grandes grupos, habla de las piezas que Wolfgang ha compuesto, de su talento, de lo afortunada que es Nannerl de poder acompañar a su pequeño hermano al tocar.

—¿Los has oído? —preguntan las damas nobles con rostros ocultos por grandes abanicos—. Él será un gran músico algún día. Ella, una gran esposa.

Las sombras saltan a su alrededor, bruscas y enojadas. *Detén esto, le dicen. Detenlo y tendrás tu legado de vuelta.*

Ella las ignora, sonríe ante la nobleza, pone una mano sobre el hombro de su hermano. Es joven, demasiado joven. Su futuro no es una prioridad, conoce sus posibilidades en el mundo en el que vive. Su hermano tiene más probabilidades de éxito y ella está dispuesta a apoyarlo hasta el final.

Nannerl está a punto de cumplir dieciocho cuando su padre la manda llamar a su estudio. Las sombras zumban a su alrededor, alarmadas. *Ha llegado el momento de pagar el precio, susurran. Debiste detenerlo cuando te lo dijimos.*

El padre de Nannerl la mira con ojos cansados por unos segundos antes de indicarle que se siente. El silencio en el estudio es ensordecedor, interrumpido solo por las sombras, cuyos murmullos repiten una eterna retahíla: *te lo advertimos, te lo advertimos.*

—Has crecido, Nannerl. —Su voz es seria, fría. Siempre se ha asegurado de que haya una distancia entre ambos, siempre se ha asegurado de que Nannerl sepa su lugar—. Es hora de que dejes la música, de que te dediques a actividades más apropiadas para una dama. Tu hermano seguirá este camino, pero tú debes alejarte del mundo de la música para siempre.

Ella deja el estudio con lágrimas en los ojos y las voces de las sombras, entre burlonas y condescendientes, resonándole en los oídos. Esa noche, cientos de composiciones arden en el fuego de la chimenea, se convierten en cenizas, se pierden en el viento. Con ellas, una parte de Nannerl misma desaparece para siempre.

Wolfgang empieza a viajar con su padre por Europa. A Salzburgo llegan noticias del éxito que lo aguarda allí a donde vaya. Su madre colecciona cartas y mensajes. Nannerl mira los instrumentos de la sala de música con añoranza, siente cómo su alma se resquebraja al pensar en lo que pudo ser.

—Si yo no puedo tocar de nuevo, quiero que Wolfgang llegue lejos.

¿Estás segura? Le preguntan las sombras. Sabes que habrá un precio, tu felicidad por su triunfo. ¿Estás segura?

Nannerl ya no es tan joven como antes, tiene casi treinta y conoce mejor cómo funcionan las sombras. Conoce los precios a pagar, las consecuencias. Pero, a pesar de todo, no duda en asentir, en aceptar el precio.

Después de la muerte de su madre, Wolfgang se va de Salzburgo para buscar la fama en Viena. Nannerl recibe a menudo cartas de su hermano, en las que habla de conciertos y cortesanos, de palacios y nobles, de triunfos y derrotas.

Nannerl no puede hacer más que sonreír. La vida la aleja cada vez más de la música, de la felicidad, pero ella solo sonríe.

Sonríe al rechazar la propuesta de matrimonio del hombre al que ama. Sonríe al aceptar casarse con otro hombre escogido por su padre. Sonríe cuando, al nacer su primer hijo, el padre de Nannerl decide criarlo él, lejos de ella. Con todo esto, ella solo sonríe. Las cartas de Wolfgang le demuestran que tomó la decisión correcta.

Cuando Wolfgang muere, Nannerl deja de sonreír pues siente que su vida se desarma lentamente. Su hermano, aquel por quien sacrificó tanto, aquel por quien dejó todo lo que amaba, se ha ido.

—Daría cualquier cosa por verlo de nuevo —dice entre lágrimas.

Las sombras, cuya presencia ha pasado a un segundo plano en los últimos años, se arremolinan a su alrededor. En susurros hablan de precios y de esperas, hablan de sacrificios. Y Nannerl, ya no tan joven, asiente y acepta, porque esta vez está segura de que el precio no sobrepasará la alegría de volver a ver a su hermano. Esta vez acepta el trato porque sabe que la hará feliz.

Pasan más de treinta años antes de que las sombras cumplan su parte. Cuando lo hacen, se apoderan de los ojos de Nannerl, cegándola al mundo exterior, pero mostrándole el lugar oculto donde está Wolfgang. Él parece sorprendido de verla al principio, pero pronto la sorpresa da paso a la melancolía.

—Cuando éramos niños, hablabas de sombras —le dice él con amargura—. No creí entonces, pero ahora las veo, ahora lo sé. No debiste hacerlo. Dejaste todo por mí, no debiste hacerlo.

En sus ojos se ve clara la tristeza, pero también la gratitud. Nannerl niega un par de veces, sus ojos fijos en él, y dice:

—Ojalá pudiera haber hecho más. ○